

CARPINTERÍA

Domingo pasaba horas y horas en la carpintería, dale que te pego, dale que te pego. En invierno arreglaba las herramientas que durante el año se habían ido estropeando. Fuera nevaba y llovía, y solía haber poco trabajo. Por eso aprovechaba el tiempo en el interior.

Aquella tarde Domingo intentaba arreglar la larga escalera. El cuarto peldaño estaba roto y lo tenía que arreglar para la siguiente recogida de manzanas. Le encantaba aquella escalera. Le hacía bailar al son de los movimientos del viento. Le daba opción a volar. Se subía allá arriba, arriba-arriba-arriba, y casi por encima de los manzanos, allá a lo lejos veía lugares nunca vistos. Le encantaba aquella escalera, aunque en su día desde allí arriba, casi estando a la par del cielo, se cayó al suelo y se dio un buen culetazo. Todavía tiene marcas en la nalga izquierda.

Aquella tarde Domingo estaba en la carpintería, dale que te pego, trabajando golpe a golpe. De repente, al mirar al techo vio una enorme telaraña, larga, ancha. Sin demasiada seguridad, pero sin pensarlo dos veces, cogió la escalera y ahí que subió. Sacudió por aquí la telaraña, la zarandó por allá e inesperadamente, cuando la escalera empezó a tambalearse, cerró los ojos y se imaginó araña, salvada por la red antes de caer al suelo. Domingo gritaba y gritaba. Una vez más, se cayó de culo, ai y aquel dolor otra vez, esta vez en la nalga derecha.